

LA ESPERANZA ESTA EN LAS MANOS

El valle de Ica es singular, larguísimo. El río corre a partir de la ciudad de Ica en dirección sur, incluso sur-este. Ninguno otro de los ríos de la costa peruana tiene este extraño comportamiento. Los geólogos nos explican que el gran contrafuerte de la cordillera de la costa obligó a las aguas a discurrir hacia el sur. Esta cordillera, nos dicen los geólogos, es tan antigua como los Himalayas y mucho más antigua que los Andes. La cordillera de la costa está compuesta por islas de mares primordiales, de unos 200 millones de años de antigüedad. Desde entonces se muestran al sol estas inmensas rocas que en Lima forman las islas del Frontón y San Lorenzo. Muchas de las islas y cerros importantes del litoral son parte de esa gran cordillera. De su belleza hablaremos en otro momento.

Como todos los valles de la costa peruana el de Ica es un gran *huayco*. “*Huayco*” es quechua y significa derrumbe de lodo y piedras; los *huaycos* detienen el tránsito en las carreteras. Pero *huayco* significa también en

general quebrada, valle. Curiosamente, hasta donde he consultado, no existe otra palabra para hablar de valle en quechua. Pampa se aplica quizás al Mantaro o a Cajamarca. Pero pampa no es valle. Pampa denota extensión; valle es plácida palabra, ya oímos las aguas rumorosas y el viento entre los sauces. Para el occidental un huayco no es un valle; pero el quechua sabe que esa placidez es ilusoria, que él mismo está en un *huayco*, en la quebrada donde vigilan grandes *Apus*.

Seguridad no es lo que busca el quechua, el hombre de las quebradas. El está compactado con la tierra que es suya porque es del ayllu, de todos los ayllus, porque él la siembra y la cosecha, la aporca y la abona. El hombre del campo no entiende el dinero... El noble salvaje. Rousseau nunca perderá importancia. Mi pintura del hombre del campo, lo sé, es idílica y en realidad es hoy una clase vacía. Pero cada campesino del Perú conserva en su alma algo de la vieja relación con la Pachamama. Todavía tinkamos en Ica y en todo el Perú de diversos modos. Pero tinka es el nombre quechua para el ofrecimiento propiciatorio: tabaco, coca y trago se ofrecen a la Pachamama. En Ica tinkamos para comenzar la siembra y para la cosecha y la trilla. El campo es una fiesta con buena comida.

Sin duda que en el fondo mismo del folklore, en cualquiera de sus manifestaciones, están los viejos rituales agrícolas. Ellos determinan el calendario y de ese modo se organiza el trabajo. Las estaciones siguen rigiendo la vida de las gentes, y aún la luna y en verdad hasta la última piedra están comunicadas. En su aparente inmovilidad hasta los objetos parecen conversar entre sí.

Platón habla de un “alma del mundo”. El que “da ánima al mundo universo” dice otro gran platónico, el Inca Garcilaso, y lo llama Pachacámac. La idea de que el universo mundo tiene vida es por lo menos piadosa. A nosotros los platónicos nos parece una evidencia. Es verdad que requiere de un largo aprendizaje, mucho escuchar pajaritos, ver brotar un zapallo

o regar arbolitos que vemos lograrse, y sobre todo mirar la vida latiendo en nosotros mismos.

Cuando hablamos de Ica pensamos en agricultura pero pensamos inevitablemente también en arqueología: Paracas, Nazca, Huari, Inca. Todas las épocas desde por lo menos 3,000 años antes de Cristo se encuentran en las huacas de Ica. Tumbas muchas veces profanadas de donde han salido mantos y ceramios que no tienen parangón. Desiertos marcados con misteriosas líneas y dibujos que sorprenden al mundo entero.

Vinculado todo sin duda a la agricultura, los pueblos de los gentiles molieron tintes y metales en sus batanes de piedra: *tunay-maray* es el nombre quechua. En efecto el batán tiene dos piezas de piedra: batán y mano decimos en castellano del Perú. Tunay – maray: hembra y macho, yin y yan. Podemos imaginar a hombres y mujeres en estos pueblos gentiles, dedicados en la tarde a moler en batanes, a hacer cerámica, a tejer en callhua, atado el telar a un árbol y a la cintura.

Todo lo tejían. Como dice con acierto insuperable don Héctor Velarde: “todo lo tejían; labraban la tierra como quien teje una inmensa alfombra”.

Y así como queda en el alma del campesino quechua algo que parece hasta genético en su relación con la tierra, queda en el Perú y en Ica en particular, muchos elementos de las antiguas tecnologías.

Un caso patente y hermosísimo es la elaboración de esteras de carrizo y petates de totora. En particular con la totora, que tan milagrosamente dura cientos de años sobre los arenales de Ica, encontramos que hoy, en el siglo XXI, globalizado y cibernético, se sigue haciendo trabajos en totora que son réplica exacta de lo que encontramos en las huacas. Desde hace quizás 3,000 años los pueblos de Ica siguen haciendo el mismo divino tejido. Ahí están las totoras y se compran por pesetas. Las mismas manos

siguen haciendo lo mismo y con la misma pericia. En la huaca y en el pueblito actual se hace lo mismo.

En efecto, la continuidad no se ha roto, por más que nuestros políticos nos quieran hacer creer en el progreso. Las mismas manos, ¿genética, herencia cultural? Me consta que en un mes aprende a hilar un joven chanka, un joven de Ica; y lo hace con primor.

Uno de nuestros espantosos políticos cuyo nombre no merece ser recordado, dijo que en el Perú tenemos “un capital político”. Yo no sé de qué habla ese truhán, supongo que de su futuro personal en el Banco Mundial o en la OEA.

Pero capital político en nuestros países no tenemos. No hemos arribado a la democracia y somos políticamente desastrosos. No. Simplemente no somos políticos; sólo tenemos grupos que mostrarán ser despóticos apenas alcancen algún poder.

¿Qué capital tenemos? Yo sostengo y quisiera gritarlo: nuestro principal capital en el Perú, Bolivia y el Ecuador -y quizás debiéramos incluir a toda la América Latina- está en las manos habilísimas de nuestra gente: los sombreros que en el Perú llamamos de Jipijapa, los *chumpis* del Cuzco, las *llicllas*, los *ponchos*, los petates de totora. Ahí, en las manos que hacen esas cosas, está nuestro capital y nuestra esperanza.

Y esas manos hacedoras en nuestros países lo aprendieron todo del arte primordial de la esperanza: la siembra.

La esperanza está en las manos que siembran,
en los dedos extendidos como surcos
donde resbalan semillas poderosas
y en el pulgar que las cuenta
y en tus ojos atentos, muchacho,
siguiendo al buey y al arado
sobre la tierra húmeda y surcada. 1